

al Adelantado, y continuó navegando hacia el puerto. Al cabo de pocos días divisó una carabela que maniobraba para reunirse. Era don Bartolomé que acudía á su encuentro. Por desgracia, su hermano mayor necesitaba más que nunca de su adhesión y afecto. Desde su partida de las islas del Cabo Verde, devorado el Almirante por la fiebre, aquejado por la gota y atacado de una oftalmia de las más dolorosas, no había experimentado ningún alivio en sus largos padecimientos. Llegaba pálido, enflaquecido, casi ciego, necesitado del reposo del cuerpo y del sosiego del espíritu; y sin embargo, la ingratitude, el crimen, que durante su ausencia habían puesto la isla en conflagración, no habían de permitirle una hora de quietud y de calma reparadora.

Amenazábanle ya de cerca las malas noticias, el anuncio de engaños, los presagios de las tribulaciones y de las penosas pruebas que el lapidario de Búrgos había animosamente predicho á Cristóbal Colón.

### CAPÍTULO III.

SUCESOS OCURRIDOS EN LA ESPAÑOLA DURANTE LA AUSENCIA DEL ALMIRANTE.—PROHIBICION HECHA, POR ÓRDEN SUYA, Á LOS MALOS CRISTIANOS DE TRABAJAR EN LAS MINAS.—DESCONTENTO DE LOS CASTELLANOS.—VIAJE DEL ADELANTADO Á XARAGUA.—CORTE DE LA REINA POETISA ANACOANA.—EL GRAN CACIQUE BEHECHIO CONSIENTE EN PAGAR EL TRIBUTO.—DURANTE LA AUSENCIA DEL ADELANTADO SE INSURRECCIONA EL GRAN JUEZ DE LA ISLA.—LLEGADA DE LAS TRES CARABELAS QUE EL ALMIRANTE HABÍA ENVIADO DIRECTAMENTE Á LA ESPAÑOLA AL SALIR DE LAS ISLAS CANARIAS.—EL REBELDE ROLDAN OBTIENE DE ELLOS VÍVERES Y ARMAS.—DE CUARENTA CRIMINALES DESEMBARCADOS BAJO LAS ÓRDENES DEL CAPITAN JUAN ANTONIO COLÓN, SE PASAN TREINTA Y TRES Á LOS INSURRECTOS.

#### § I.

Para saber en qué circunstancias volvía el Almirante á empuñar otra vez las riendas de su gobierno, echemos una ojeada á los acontecimientos ocurridos en la Española durante su ausencia, esto es, desde el día 10 de marzo de 1496 al día 30 de agosto de 1498.

Al salir de la isla había el Almirante prometido á los colonos que les enviaria socorros dentro de muy poco tiempo. Las tres carabelas llegadas al mando de Pedro Alonso Niño estaban á la verdad cargadas de viveres; pero tanto por la calculada tardanza de las oficinas de marina en su aprovisionamiento, como por el poco cuidado que se tuvo en su conservacion, inutilizóse durante la travesía la mayor parte del cargamento consistente en viveres; de manera que aquel primer socorro fué casi ilusorio. Desde entónces hasta el día en que el Almirante, desazonado por la suerte de la Española, esperando el completo armamento de las seis carabelas destinadas á su tercera expedicion, había hecho partir, al mando de Pedro Coronel, las dos primeras que estuvieron listas, habían trascurrido catorce meses (1), sin que los desdichados habitantes de la Colonia hubiesen recibido

(1) «... Que pasados mas de catorce meses de su partida no había cumplido la palabra de mandarles socorro.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 10.

ninguna noticia de la metrópoli. Creíanse olvidados, y acusaban al Almirante de su abandono. Durante todo ese tiempo se habían gastado sus vestidos y utensilios, y como sólo contaban con un pequeño número de obreros ó carpinteros, no podían fabricar los instrumentos de primera necesidad. Á las privaciones y al fastidio se unía la humillación. Los hidalgos, orgullosos y acostumbrados al lujo, los segundones de familias nobles, que habían ido allá para amontonar oro, se indignaban al ser tratados como los de la infima plebe, al verse con sus trajes haraposos remendados con pedazos de distintos colores, y reducidos despues á cubrirse con la corteza de los árboles ó con el algodón tejido de los insulares. Con la duración su enojo se convirtió en odio. Al pensar en sus cálculos frustrados, echaban la culpa de todo al Almirante, al genoves charlatan é hipócrita, que no pasaba ningun cuidado por los nobles hijos de Castilla, y maldecían á los Reyes por haberles puesto bajo el gobierno de aquel extranjero. Atraídos á la Española por el cebo del oro, veían completamente frustradas sus esperanzas, á pesar del descubrimiento de las ricas minas de Hayna, porque el Adelantado no les permitía trabajar en ellas.

Esta prohibición de trabajar en las minas, cuando el Almirante demostraba tanto empeño en explotarlas, exige una explicación.

Viendo Cristóbal Colon que los codiciosos haraganes que le siguieron en su segundo viaje se habían arrojado sobre la Española como un perro sobre su presa, tiranizando á los indios, robándoles el poco oro que tenían, violando todas las leyes del cristianismo y de la humanidad, se horrorizó de los grandes males que ocasionarían á su empresa. No quiso que manos impuras mancharan aquel oro que él iba á ofrecer á Jesucristo, y por medio del cual confiaba rescatar un día su sepulcro. Deseaba que sólo brazos inocentes pudieran extraer de las entrañas de la tierra aquel puro homenaje de la fe. Á la manera que en la ley antigua, para la construcción del Tabernáculo y de los ornamentos del Sumo Pontífice, debían escogerse obreros animados del espíritu de sabiduría (1), así también entendía Cristóbal Colon que solamente los verdaderos cristianos debían tener la dicha de cooperar á aquel acto de piedad católica.

Ya antes de la llegada de los europeos los indígenas atribuían al oro cierto valor. Viajaban para procurárselo; comerciaban con él por medio de cambios, y realizaban ciertas ceremonias supersticiosas para descubrir sus más abundantes minas. Durante los veinte días que precedían á sus trabajos, se separaban de sus mujeres (2), y vivían en la castidad y mortificación, imponiéndose ciertos ayu-

(1) Exodo, cap. xxxv, v. 31, 35.

(2) Oviedo y Valdés, *la Historia natural y general de las Indias*, lib. V, cap. III.

nos (1). El Almirante supo sacar partido de esa costumbre. Declaró sin ninguna clase de rodeos á los holgazanes sedientos de oro que habían acudido á la Española persuadidos de que se lo procurarían abundantemente, que sería vergonzoso para cristianos hacer ménos para adquirirlo que los indios paganos é incultos, y que era necesario poner ántes bajo la protección de Dios todas las operaciones que practicasen en busca de aquel metal. Dijoles que á fin de utilizar doblemente sus fatigas, ántes de comenzar la explotación de un yacimiento, debían cesar en sus violencias, abandonar su vida disoluta, confesar sus pecados, pedir la contrición, ponerse en estado de gracia, vivir en la continencia, imponerse el ayuno y hacer penitencia; que así reconciliados con Dios, serían bendecidos sus trabajos y obtendrían más abundantemente los bienes temporales (2). Cristóbal Colon no concedió permiso para la explotación de las minas, sino á aquellos cuya regularidad de costumbres era certificada por los sacerdotes ó religiosos de la Colonia.

Esta medida irritó profundamente el corazón de los altaneros y quisquillosos hidalgos, raptos de mujeres, tiranos de los indios, que no habían podido embarcarse con el Comisario Real Aguado. Habían esperado que en ausencia del Almirante, su hermano el Adelantado, ménos escrupuloso, les concedería autorización para ir á las minas; pero don Bartolomé hacía ejecutar estrictamente las instrucciones del Virey.

La miseria daba ahora colosales proporciones al desengaño, y el descontento se aumentaba de día en día, á medida que los vestidos se caían hechos girones. De esta manera lograba su objeto la demora perfectamente calculada de las oficinas de marina. Si se impedía el abastecimiento de la Española se conseguía la rebelión dando á la fuerza del número el apoyo de la miseria y desesperación. Encontrando los ánimos y exasperando el orgullo castellano, se lograba imposibilitar el gobierno del Adelantado; pero don Bartolomé Colon valía para el mando más que su hermano. La multiplicación de las dificultades y de los peligros no lograban otra cosa que multiplicar su energía y actividad. No podía faltar la obediencia donde quiera que él se presentaba. Así es que no obstante la penuria y la general malevolencia, se había construido una fortaleza cerca de las minas de Hayna, á la que se dió el nombre de San Cristóbal. Levantóse también otra fortaleza mayor en la

(1) Los indígenas de la costa de Veragua, cerca del istmo de Panamá, decían también que ellos descubrían oro, guardando la abstinencia y separándose de la compañía de las mujeres.—Fernando Colon, *Vita dell' Amiralaglio*, cap. xciv.

(2) «Esta santidad no era no obstante del agrado de todos; porque, en cuanto á las mujeres, decían algunos que ellos estaban más separados de ellas que los Indios, porque estaban (ellas) en España; y en cuanto á los ayunos, que varios cristianos morían de hambre y no comían más que raíces y otras malas cosas. Y locante á la confesión, que la Iglesia no les obligaba más que una vez al año, por la Pascua. Que Dios no les pedía más, y que esto debía bastarle al Almirante.»—Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. V, cap. III.—Traducción de Juan Poleur, ayuda de cámara de Francisco I.

orilla derecha del Ozama, y se la llamó Santo Domingo; á la sombra protectora de esas murallas se habían agrupado casas regularmente alineadas y formaban una ciudad que fué residencia del gobierno. Todo se había ejecutado conforme á las instrucciones del Almirante, traídas de Cádiz por el piloto Pedro Alonso Niño, quien á su vuelta trajo á Castilla los trescientos prisioneros de guerra indios, llamados cándidamente por él un cargamento de oro, al calcular el producto de su venta.

Toda la parte de la isla visitada por los españoles podía considerarse como sometida; pero la parte más occidental, el Estado de Xaragua, equidistante de la Isabela y de Santo Domingo por una extensión de bosques y montañas de más de sesenta leguas, conservaba aún su independencia. Aquel reino, gobernado por el gran Cacique Behechio, ni atacaba, ni reconocía la autoridad castellana. Desde que se habían llevado los españoles al fiero Caonabo, su esposa, la célebre «flor de oro,» Anacoana (1), se había retirado al lado de su hermano Behechio, sobre quien le daban gran ascendiente su mucha hermosura y extraordinaria superioridad de talento. Atribuíanse la inmovilidad del Cacique á las influencias de la reina Anacoana, cuyas inclinaciones elevadas la disponían propiciamente á favor de los españoles. Con todo, creyó don Bartolomé que no debía diferir por más tiempo la sumisión de aquel reino, único que aún no había reconocido la soberanía de Castilla. Á la utilidad de no dejar semejante ejemplo de independencia ante los Caciques sometidos, se añadía la ocasión oportuna de ocupar útilmente y mantener disciplinados unos hombres corrompidos por la ociosidad y á quienes inspiraban horror los trabajos manuales. El Adelantado se dirigió, pues, á Xaragua, dispuesto para la guerra, sin deseársela, y aparentando una excursión topográfica. Behechio, muy susceptible en su orgullo, al primer aviso que tuvo de aquella visita, puso en pié de guerra unos cuarenta mil hombres, quienes, fraccionados en cuerpos de ejército, y protegidos por la espesura de los bosques, seguían sin ser vistos, la marcha de los españoles; pero muy luégo volvió á llamar sus tropas por los consejos de su hermana, la célebre «flor de oro.»

(1) Conformándonos con la ortografía generalmente adoptada, hemos llamado Anacoana á esta reina célebre; pero su nombre debiera escribirse como se pronunciaba: Anacaona, que significaba «flor de oro» en el idioma indijena; y se componía de las dos palabras: *Ana* «flor» *Caona* «oro fino.»

## § II.

La reina Anacoana no era solamente el primer poeta de la isla, sino que ella misma constituía su más dulce poesía. Su persona, su vida, sus concepciones tenían algo de irresistible hechizo. Más que inspirada era inspiradora. Debíanse á ella las baladas y danzas; poesías recitadas ó cantadas, á las cuales daba mayor atractivo con pasos coreográficos, realzados con discreta pantomima. El nombre de Anacoana convertía en nacionales los areytos (a) de su invención; y todos los soberanos de la isla se encontraban, sin saberlo, en cierto modo tributarios de su talento. Reinando Anacoana como soberana en el idioma, ceremonial, juegos y placeres, los demás reyes habían adoptado la etiqueta de su corte y se habían puesto de moda sus adornos, muebles y flores preferidas. Su palacio estaba lleno de objetos elegantes, lindas frivolidades, instrumentos delicados, pequeñas obras maestras del arte indijena. Consistían estos objetos en canastillas recortadas y tejidas formando magníficos y variados relieves ó pinturas, telas teñidas de vivos colores, sillas flexibles y ligeras, hamacas aéreas, vistosos abanicos, máscaras con adornos de oro y adornos de conchas. Pero Anacoana no buscaba ménos lo útil que lo elegante. Tenía una especie de servicio de mesa; manteles finos de algodón adornados con flores, y ciertos lienzos á manera de servilletas de hojas olorosas (1).

Templo del gusto siempre abierto á la invención el palacio de Anacoana, perfumado con los más delicados aromas, poblado de pájaros domesticados, de jóvenes y alegres doncellas, resonaba frecuentemente multitud de sonidos armoniosos. La influencia de Anacoana sobre todos los soberanos (2), la preponderancia de sus ideas y otras mil circunstancias especiales prueban por lo demás que, en medio de los trabajos literarios y de los ingeniosos juguetes que ideaba su gusto inventivo, existían en ella elevadas y sólidas cualidades. En aquellos pueblos donde el respeto á la costumbre llega á ser una religión, su afición á las novedades y el buen éxito en ellas obtenido, indican precisión de mirada, grandé intuición, predominio espontáneo sobre los ánimos, cualidades todas de no dudosa supe-

(a) *Areite* ó *areito*.—Nombre dado á los romances que cantaban los naturales de la isla de Cuba. Se dió también al baile religioso de los indios de Méjico y Guatemala.

(1) Ramusio, *Delle navigationi e viaggi, Raccolte*, vol. III, fól. 9.

(2) Emilio Nau, *Histoire des Caciques d'Haiti*, obra compuesta en Santo Domingo, é impresa en Puerto Príncipe, en 1855, en 4.º

rioridad. El talento seductor de aquella reina la llevaba naturalmente hacia la civilización, y su fecundidad de concepción parecerá prodigiosa si se reflexiona en el forzoso aislamiento de su inteligencia.

No podemos hablar de esta mujer que presentaba la más notable individualidad de Haití, sin hacer justicia á su talento, á su grandeza relativa, á las simpatías que la atraían hacia aquellos extranjeros convertidos ya en objeto de inquietud y espanto para el resto de los señores de la isla. Por eso, el cruel calumniador de Anacoana, Oviedo, se ve obligado á esta confesión: «Por lo demás, era de mucho talento, y sabía ser servida, venerada y temida de su gente (1). Después de la muerte de su hermano y de su marido, continuó siendo obedecida y venerada tanto ó más que ellos mismos.» Un miembro de la Compañía de Jesús, escribiendo según notas tomadas en Santo Domingo, se expresa de esta manera: «Era una mujer de talento muy superior á su sexo y á su nación; distaba mucho de haber concebido los sentimientos de su marido contra los españoles, á quienes estimaba y cuya vecindad deseaba mucho (2).» El protonotario apostólico, Pedro Mártir de Anglería, los historiadores reales de España, Herrera y Muñoz, confiesan el talento y eminente superioridad de Anacoana (3). Todos los escritores, acordes acerca de su elevación de ideas, reconocen con el sabio secretario del Senado de Venecia, Giambattista Ramusio, que unía á la gracia, el talento, el encanto y la autoridad (4).

Cuando don Bartolomé hubo llegado á la parte del reino de Xaragua donde le esperaba Behechio, al frente de un destacamento numeroso, preguntóle el Cacique con qué objeto se adelantaba en su territorio. Habiéndole dado don Bartolomé satisfactorias seguridades respecto á sus intenciones pacíficas, el Cacique envió emisarios á su hermana anunciándole la visita del Adelantado y á fin de que esta pudiera hacer convenientemente los preparativos para su recepción. Á medida que los españoles se aproximaban á la residencia real, experimentaban los efectos de la influencia de la maravillosa reina. Los Caciques de los Estados que atravesaba el cortejo enviaban abundantes víveres, é iban en seguida á presentar sus homenajes al huésped de su soberano. Finalmente, cuando estuvieron cerca de la agreste capital de Xaragua, una multitud tímida pero curiosa salió al encuentro de los españoles. Los empleados y oficiales de la Corte, con el traje de sus dignidades,

(1) Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias occidentales*, lib. V, cap. III. — Traducción de Juan Poleur.

(2) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint Domingue*, lib. II, pág. 147.

(3) Estos dos historiadores la llaman: «La insigne Anacoana... Mujer prudente y entendida... Famosa heroína, etc.»—Herrera, lib. III, cap. VI.—Muñoz, tom. I, lib. VI, § 6, § 10 y § 11.

(4) «Alla bellezza s'aggiungeva l'ingegno e piacevolezza per le quali cose era di tanta autorità che la governava, etc.»—Ramusio, *Delle navigazione viaggi, Raccolte*, vol. III, fól. 9, verso.

iban delante de encantadores grupos de jóvenes, que caminaban con orden y servían de comparsas á un coro de treinta jóvenes doncellas adornadas de flores, ceñida la frente con una cintilla, empuñando flexibles palmas que entrelazaban ingeniosamente, formando arcos, canastillos y haces; en su andar seguían el ritmo del *areito*, y acomodaban sus danzas al son de sus cantos. La solemne acogida de Anacoana debajo de los magníficos arcos de aquellos bosques olorosos, junto al lago misterioso de Xaragua, en medio de la amenidad de aquella naturaleza virgen parecía realizar para los españoles una de las más risueñas imágenes mitológicas descritas por los poetas gentiles. Solamente era mayor el número de las musas y de las gracias; parecía que las ninfas y hamadriadas (a) de aquellos lugares encantados habían querido unirse al fantástico coro. Al llegar cerca del Adelantado, cada una de esas Terpsicóres, doblando en su presencia las rodillas, depositaba á sus piés su ramo, en señal de reverencia y homenaje (1).

En pos de esos grupos seductores, en el centro de un coro de canéforas (b) aparecía en un trono cubierto de flores la reina adorada, el orgullo y amor de aquellas regiones, la ilustre Anacoana, rodeada de su corte y llevada en hombros de seis caballeros en un palanquin enteramente abierto. La negligente dignidad de su postura revelaba su nobleza; su mirada fascinaba; sus movimientos revelaban su autoridad. En ella se personificaba la suave poesía y el vivo esplendor de las Antillas. Segura como estaba de su poder, descuidaba los atributos exteriores de la soberanía, y en lugar de diadema real ceñía su frente una corona de flores; y por collar, brazaletes, borceguies y cinturón no llevaba sino flores (2). En sus lucientes cabellos más negros que el ébano, resaltaban flores blancas entretejidas con otras de agabanzo encarnado. Su ceñidor era un tejido de flores, y su cetro lo formaba un tallo florido. Parecía que la flor de las reinas era también la reina de

(a) Hamadriades ó Hamadriadas: divinidades fabulosas de los paganos que creían presidir en las florestas, y estar encerradas debajo de las cortezas de las encinas. No deben confundirse con las Driadas, divinidades de los bosques y de los árboles en general. Más dichosas que las Hamadriadas podían vagar en libertad, bailar alrededor de las encinas que les estaban consagradas y sobrevivir á la destrucción de los árboles de que eran protectoras. Se les representaba bajo la figura de una mujer robusta y joven, cuya parte inferior terminaba en una especie de arabesco, que significaba con sus prolongados contornos un tronco y las raíces de un árbol. Tenían la cabeza adornada de una corona de hojas de encina, y se colocaba un hacha en sus manos por creerse que castigaban los ultrajes inferidos al árbol cuya custodia les estaba confiada.

(1) «Y al fin entregan sus ramos al Adelantado, dobladas las rodillas, en señal de reverencia.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 6.

(b) Canéforas, doncellas de distinguido nacimiento, que residían en el templo de Minerva, y en ciertas fiestas marchaban delante de la procesión, llevando en la cabeza canastillos de flores y las cosas destinadas á los sacrificios.

(2) «In testa, al collo e braccia havenda girlande di fiori rossi e bianchi adoratissimi.»—Ramusio, *Delle navigazioni e viaggi, Raccolte*, vol. III, fól. 9, verso.